





LA MUCHACHA  
DE LA BOINA GUERRILLERA



Rubén Pons Vélez

LA MUCHACHA  
DE LA BOINA GUERRILLERA



Primera edición: diciembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rubén Pons Vélez

ISBN: 979-13-87612-02-3

ISBN digital: 979-1387612-03-0

Depósito legal: M-26288-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A la memoria de mis padres.  
Para Patricia, Celia y Vincent, mis hijos.  
Para Sandra Guerreiro, que convierte en milagro el barro.*



Lo malo de ser cubano es que, cuando  
uno habla en serio, suena a la letra  
de un bolero conocido.

GUILLERMO CABRERA INFANTE



Esmeralda creyó en Fidel desde el primer instante en que lo vio. Verlo, y caer hipnotizada y hechizada ante su figura fue lo mismo. Con la misma entrega y pasión que le profesaron los doce apóstoles a Jesús, Esmeralda juró, desde ese segundo supremo, dedicar toda su existencia a la causa de aquel hombre, que saludaba —desde la torreta de un tanque— a la muchedumbre enloquecida que le vitoreaba.

Fue el 8 de enero del 1959. Aquel día, la Caravana de la Libertad, como la titularon los periódicos de la época, hizo su entrada triunfal en La Habana. Después de tres años de guerra civil, finalmente los «barbudos» derrotaban al dictador Batista. El triunfo se había consumado al amanecer del 1 de enero, cuando Batista no dudó en escapar de la manera más indigna posible.

Pero no fue hasta una semana después que los rebeldes arribaron a la capital cubana. Fidel, con esa visión y manejo espléndido de los tiempos históricos que siempre tuvo, supo ir caldeando el ambiente nacional hasta su entrada triunfal. La Caravana, al más puro estilo de los Césares romanos cuando regresaban victoriosos de sus contiendas, marchó exprofeso a paso de tortuga, desde la ciudad de Santiago de Cuba, recorriendo toda la isla, hasta La Habana. Aclamada hasta el paroxismo y la locura en cada pueblo en que se detenía. La apoteosis alcanzaría su clímax aquel jueves de enero. A todo lo largo y ancho del malecón habanero desfilaban los jeeps, autos, motos y tanques cargados de «barbudos». La ciudad entera se echó a la calle a saludar a sus héroes. A contemplar al nuevo Mesías.

—¡Tiene 33 años..., la misma edad de Cristo! —gritó una anciana a punto de caer en trance en medio del gentío.

En medio de la multitud enfebrecida se encontraba Esmeralda, con sus recién 17 añitos cumplidos. Acompañada de su Abuela,

que no quiso perderse el espectáculo, más por la novedad del asunto que por fervor patriótico.

—Y pa estirar un poco las piernas y llevar a la niña a dar un paseo por la ciudad —dijo La Abuela incitando a Los Padres de Esmeralda, que se negaron a acompañarlas.

—No sé..., no sé..., tantas gentes... preferimos quedarnos en casa escuchándolo por la radio —dijeron Los Padres.

—Bah..., ustedes se lo pierden...

—¡Cuida a la niña! —fue lo último que escuchó La Abuela decir a su hijo y nuera antes de enfilar calle San Lázaro abajo hasta desembocar en el parque Maceo, seguida por su nietecita.

La calle era un jolgorio. Sonaban las sirenas de los autos y la mayoría de los balcones lucían engalanados por la bandera cubana. La Habana se vestía de fiesta para recibir a sus héroes.

—¡Fidel..., Fidel..., Fidel! —vociferaba el populacho, y Esmeralda y La Abuela, como por inercia, también corearon el nombre del Gran Líder.

—¡Que vienen..., que vienen! —y corrieron todos a verlos.

Los barbudos desfilaban montados a horcajadas en cuanto vehículo estuvo disponible. El pueblo les lanzaba flores, confetis. Las muchachas besos y abrazos. Todos aplaudían al unísono. El himno nacional retumbaba por los altavoces, y allí estaba él: el supremo líder. Abarcando y arrojando a todos con su mirada de salvador. La misma mirada que se cruzó, por una micronesísima de segundo eterno, con la de Esmeralda.

Un terremoto la estremeció. Repentinamente cesó toda la algarabía. Todo a su alrededor parecía haberse detenido. Las banderas dejaron de ondear. La tierra dejó de girar durante el microsegundo que duró el encontronazo.

—¿Te pasa algoooo? —escuchó Esmeralda una voz en off.

—¿Te pasa algo? —repitió La Abuela regresándola a la realidad.

—Nada..., nada..., volvamos a casa... —susurró Esmeralda saliendo de su turbación.

Mientras La Abuela le narraba a Los Padres de Esmeralda, con lujos de detalles y exageración todo lo acontecido, esta aprovechó

para encerrarse en el cuarto. El ronroneo de la conversación que provenía del salón de la casa y se filtraba por las hendidias de la puerta acabaron por turbarla más.

Abrió sus piernas e instintivamente, y por primera vez en su vida, comenzó a masturbarse. Justo en el instante que llegaba al clímax, escuchó a La Abuela decir:

—¡Fidel...!

Esmeralda no fue la única que sucumbió al flechazo de los jóvenes rebeldes y del Gran Salvador. El país entero se rindió ante la aureola vencedora que destilaba aquel ejército de desarrapados de boinas y uniformes verdes raídos. Ataviados de collares confeccionados con semillas y colgándoles del cuello la imagen de la Virgencita de la Caridad, patrona de la isla.

—¡Pa que nos proteja de las balas!

La Habana también sucumbió. Ciudad hedonista dónde las hay, se abrió de piernas dejándose penetrar feliz y gustosamente. Se entregó incondicionalmente a Fidel y su banda de rebeldes.

La Habana olvidó su pasado licencioso y volvió a ser virgen y casta por obra y gracia de un amor tan inmenso que no cabría en sus 700 y tantos kilómetros cuadrados. Cegada de amor y loca de pasión. Convencida que finalmente había llegado el macho alfa que le reconduciría el destino y la sacaría del burdel en que se había convertido. El perfecto timonel que la llevaría a buen puerto.

Tres años de guerra civil. De sucesivas batallas en la Sierra Oriental. De contradictorios partes oficiales en los que Fidel moría y resucitaba cada semana.

—Que llega..., que no llega..., que triunfa..., que no...

Todo aquel sinfín de incertidumbres fue abonando la psiquis de la capital para recibir a su hombre, agrandando su leyenda. Para entregársele incondicionalmente a él. Sin cortapisas ni complejos. Como una novia enamorada que va al altar, convencida de que su matrimonio será por y para siempre. Y tal como ocurre con todas

las novias; ciegamente enamoradas, La Habana pagaría un alto precio por tamaña ingenuidad. Pero ahora no era tiempo para malos augurios ni criterios aguafiestas:

«Los jóvenes al poder», el eslogan se materializaba. Se hacía carne y hueso. Presencia física.

El embrujo de la revolución cubana se expandió más allá de sus fronteras. Abarcó al mundo. Removió conciencias en una América Latina, que por una vez en su vida se sintió orgullosa y desacomplejada. Llegó al corazón de la vieja Europa con sus socialistas de salón y de cafés en Montparnasse, que también aplaudieron. En la Casa Blanca, por si acaso, tomaron nota.

Pasada la turbación inicial, Esmeralda puso manos a la obra y se enfocó hacia lo que creía su destino manifiesto. De inicio se encasquetó una boina guerrillera, verde oliva, y se sumó a cuanta organización revolucionaria surgió. Asistió a todas las manifestaciones y discursos que pronunció el Gran Líder. Aplaudió y vitoreó con apasionamiento cada frase, cada gesto y finalmente terminó alistándose como alfabetizadora voluntaria en una región montañosa del centro del país.

Su vida cobraba sentido cada vez que la familia de campesinos, a los que enseñaba a leer, aprendían una frase nueva. Convivía con ellos compartiendo las labores agrícolas y en las noches, amparada a la luz de un farol, les iba desgranando letras, palabras, frases...

—Fidel... ¿Qué dice aquí? ¡Repitan conmigo!

Esmeralda se sentía una de las elegidas para divulgar el Nuevo Evangelio. La palabra nueva. Las enseñanzas divinas. La nueva doctrina.

—Se le pasará... a ellas y a todos. Delirios de juventud..., dentro de poco las aguas volverán a su nivel —opinaban los padres de Esmeralda ante la creciente oleada de nacionalizaciones y decretos revolucionarios que se sucedían un día sí y otro también.

—Pasará..., todo pasará. Los americanos no permitirán esto —se autoconsolaban los padres de Esmeralda cada vez más recelosos del rumbo radical que iban tomando los acontecimientos.

Entonces la Cuban Telephone Company pasó a llamarse Compañía Cubana de Teléfonos y así, sucesivamente otras firmas extranjeras fueron confiscadas (norteamericanas en su mayoría) y pasaron a manos del gobierno revolucionario. Los americanos dejaron de comprar el azúcar cubano («sin azúcar no hay país», decían los expertos), y así, entre un toma y daca, finalmente los americanos rompieron relaciones diplomáticas y comerciales con la isla.

Cuba contraatacó escoriándose hacia el campo socialista. Hacia la Unión Soviética.

—¡Dios mío..., Dios mío..., líbranos de todo mal! ¡Ay, niñito Jesús que no nos ataquen los americanos! —rezaba La Abuela ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que presidía la consulta de estomatología que poseían su hijo y su nuera en la parte trasera del apartamento.

—¡Aquí no va a pasar ni carajos..., llegamos para llegarnos! —les espetaba furiosa la que hasta ayer fue la niñita de la casa. La princesita consentida ahora convertida en toda una miliciana. Con su boina verde oliva ladeada, y esa mirada desafiante que poseen los entregados en cuerpo y alma a una causa divina, la causa revolucionaria.

Esmeralda había regresado a casa para dos días de vacaciones.

—¿Cómo fue? —se preguntaban los padres.

—¿Cuándo y cómo cambió nuestra pequeña? «Si le dimos un buen colegio de pago, / el mejor de los bocados y mucho amor. / Amor sobre las rodillas. / Caballito trotador».

—¿Qué será de ella fuera de casa?

—Niña, por Dios..., no contestes así... —intercedía La Abuela cada vez que se desataba una discusión familiar y mirando de soslayo al Cristo Redentor colgado de la pared, imploraba en busca de una respuesta.

—¡Y me quitan a este de aquí..., ahora mismo! —gritó Esmeralda.

Y zas, de un zarpazo el cuadro del Cristo fue a dar contra el suelo. Haciéndose añicos el cristal que le protegía del polvo y la

maledicencia. Cristo había sucumbido ante la furia revolucionaria.

—¡Ay..., Dios mío, perdónala que no sabe lo que hace...! —rezó solícita La Abuela recogiendo los trozos de cristal desperdigados por el suelo de la consulta.

—¡¡Putaaa!! —gritó el padre al borde de un ataque de nervios.

—¡Me han cambiado a mi niña! Está poseída por el demonio —aulló la Madre.

Sin darles tiempo a reaccionar y siguiendo la línea de la confrontación, Esmeralda desenfundó de su mochila miliciana una foto del Gran Líder. Se encaramó sobre el sillón de dentista y martilló la nueva imagen, en el mismo lugar donde anteriormente estuvo el Cristo, que por millonésima vez volvería a sufrir el escarnio y la ingratitud de los hombres.

Prosiguió, martillo en mano y actitud desafiante, hasta la puerta de entrada del apartamento y clavó una chapilla metálica que rezaba:

### FIDEL, ESTA ES TU CASA

—¡Veteee..., vete antes que te mate...! —dijo el padre intentado desclavar el jodido letrero.

—¡Ay, mi niña..., cálmate! —suplicaba La Abuela mirando de soslayo el retrato, en busca de respuesta del Nuevo Salvador.

—¡Veteeee...! —apuntilló la Madre sin dejar de abanicar a su esposo que desfallecía recostado sobre el pasamanos de la escalera del edificio.

Esmeralda corrió escaleras abajo feliz y liberada. Afuera le esperaba el mundo. La vida. La revolución.

Justo al instante en que corría como una posesa, aviones norteamericanos —con bandera cubana pintadas en el fuselaje a modo de engaño— volaron rasante sobre su cabeza en dirección al oeste. Bombardeando el aeropuerto militar de Columbia y la base aérea de San Antonio de los Baños, a las afueras de La Habana.

Era el sábado 15 de abril del 1961; el preludio de la invasión de bahía de Cochinos.

¡Era la guerra! La ansiada batalla donde finalmente emergeríamos líderes o mártires.

Esmeralda corrió como una posesa.

—La guerra..., la guerra —gritaba pletóricamente sin dejar de correr a ninguna parte.

Aquel domingo el país amaneció en tensión. El bombardeo del día anterior, con la clara idea de destruir la flota aérea cubanas se había saldado con 7 muertos y decenas de heridos. La ciudad en pleno se citó para el mediodía en el sepelio de las víctimas.

El cortejo fúnebre recorrió la céntrica avenida 23 acompañada por un silencioso mar humano. Al paso de la caravana le llovían las flores lanzadas desde los balcones... Los rostros serios y lo silenciosa de la marcha, daban un aire solemne y dramático al momento.

La cabeza de la multitud se detuvo en la intersección de la avenida 23 con la 12, a escasos metros del cementerio Colón, y allí ante una improvisada tribuna, Fidel comenzó a despedir el duelo de los caídos:

—Lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos ahí en sus narices, ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos!

Cientos, miles de brazos armados de fusiles se alzaron al unísono y aclamaron con entusiasmo la declaración. El pueblo dispuesto a inmolarse por defender la patria, a su líder y ahora al socialismo. Fidel supo que aquel era el momento exacto para definir y radicalizar su postura política.

Las cámaras de los diferentes medios televisivos paneaban sobre las masas enardecidas. Captando y retransmitiendo para todo el mundo el instante en que todo un pueblo, en estado delirante, era poseído por su flautista de Hamelin.

Esmeralda se encontraba del lado izquierdo de la tribuna cuando el lente de una cámara la descubrió y se posó sobre ella. Con

su boina guerrillera, su fusil en la mano y su destellante y desafiante juventud por bandera. Su rostro resumía el sentir de toda una nación. El eterno y siempre atrayente cuento del débil contra el fuerte. De David contra Goliat.

Inicialmente fue un paneo. De refilón, como quién no quiere la cosa. Pero después el camarógrafo, ante el requiebro del director de la emisión, retrocedió y enfocó el zoom sobre la mirada de aquella muchacha. El lente hurgó dentro del alma de Esmeralda, como desnudándola. Mostrándole al mundo esa expresión intensa y desafiante. Ese rictus resolutivo y sublime que solo poseen los elegidos. Los que marchan felices al encuentro de la muerte. La misma expresión que debieron tener los primeros mártires cristianos, en el foso del Coliseum, al enfrentarse a los leones. La misma mirada con que miran los escogidos a cumplir un designio divino.

El instante apenas duró quince segundos, que es como decir toda una vida. Después, el camarógrafo continuó su particular búsqueda de la eternidad. Del ángulo perfecto. De la toma única e irreplicable que lo eternizaría en el olimpo audiovisual.

A Esmeralda, ajena a todo esto, le había sobrevenido un temblor escuchando a Fidel. Un escalofrío. La misma turbación de la primera vez en que le vio. Aturdida, se abrió paso entre la abigarrada muchedumbre hasta refugiarse en el baño de una cafetería que se encontraba en las inmediaciones. Y allí, in extremis y al borde del paroxismo, se masturbó por segunda vez en su vida.

Afuera el pueblo coreaba:

—¡Fidel..., Fidel!

Juhani nació el verano de 1940, en la ciudad de Savolinna. Meses después que Finlandia perdiese la Guerra de Invierno contra la Unión Soviética, pero conservara a salvo su honor e independencia.

El pequeño vino al mundo en la sauna de la casa de sus abuelos paternos. Tal y como exigía la tradición en la familia de los Kivi. Al

mes de nacido lo bautizaron bajo el rito luterano y lo nombraron Juha Kivi, igual que su padre, su abuelo paterno, su bisabuelo y el padre de este y así sucesivamente hasta perderse en una maraña de Juhas y de Kivi.

La familia había emigrado desde la ciudad de Viipuri al comienzo de la Guerra de Invierno. El 30 de noviembre del 39, nada más comenzar la contienda. El Abuelo y el padre de Juhani marcharon al frente de guerra en Suomussalmi, armados con sus antiguas escopetas de caza. Días antes La Abuela y la Madre de Juhani, que apenas tenía un mes de embarazo, y ante la eminencia del conflicto habían partido a resguardarse en casa de unos lejanos parientes que vivían en Savolinn.

Ese día, la 163.<sup>a</sup> división rusa cruzó la frontera con Finlandia y avanzó hacia Suomussalmi desde el noreste. Con anterioridad los finlandeses habían incendiado parcialmente Suomussalmi para privar a los soviéticos, que llegaron ese mismo día, de sus edificios como refugio. Ese mismo día el mariscal Mannerheim ordenó al 27.<sup>o</sup> regimiento de infantería, al mando del coronel Haljmar Siilasvuo, que se dirigiera al frente y destruyera la división rusa, una orden extremadamente difícil de cumplir, considerando la magnitud de ambos ejércitos.

Haciendo caso omiso a las recomendaciones de sus superiores, el comandante ruso de la 163.<sup>a</sup> división, ocupó Suomussalmi. Obviando el hecho de que su maniobrabilidad dependía de los caminos existentes, mientras que las tropas finlandesas tenían completa libertad de movimiento.

El ataque finlandés empezó el 11 de diciembre. Después de múltiples contraataques fallidos de parte de las fuerzas soviéticas llevados a cabo entre el 23 y el 25 de diciembre la moral empezó a decaer rápidamente, y llegó a presentarse el caso de un comisario político que fue asesinado por sus propios hombres. En la madrugada del 27 de diciembre, las tropas de Siilasvuo iniciaron el asalto final contra las cercadas tropas soviéticas, escasas de todo. Los finlandeses encontraron fuerte resistencia, llegando a cubrir

solamente 3 km en casi 6 horas. Sin embargo, en la mañana del 28 de diciembre la línea defensiva fue rota, y los soviéticos que sobrevivieron se retiraron al pueblo de Suomussalmi, mientras que otros escaparon a los lagos congelados, donde las ametralladoras los diezmaron fácilmente.

Al mediodía del 29, cayó el mismo pueblo de Suomussalmi y las fuerzas finlandesas sacaron a los defensores de sus trincheras a punta de bayoneta o utilizando granadas. Algunos grandes grupos de soviéticos que habían huido por la noche, fueron avistados y atacados por bombarderos finlandeses.

El 30 de diciembre acabó toda resistencia en Suomussalmi. En total se contabilizaron 5.000 soviéticos muertos y se capturaron 400. Sin embargo, las cifras aumentaron al irse encontrando en la primavera más cadáveres enterrados en la nieve.

Para el 3 de enero, los fallidos intentos descoordinados de las tropas soviéticas por romper el bloqueo que los atacantes finlandeses habían montado en los dos extremos de la carretera habían sumido a los soviéticos en la desesperación. El 5 de enero empezó el ataque final contra las fuerzas soviéticas, pero el grueso de las mismas pudieron repeler a los atacantes, que sufrieron fuertes bajas. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que los soviéticos seguían cercados, pues muchos de los caminos de escape habían sido minados, y cualquier intento de enviar caballos a detectar las minas resultaba en que los finlandeses los mataban antes de llegar a la zona.

En la tarde del 6 de enero, el comandante Vinogradov dio la orden de que ahora todo hombre debía seguir por su cuenta, por lo que en cuestión de horas todo el ejército soviético entró en pánico. Muchos soldados soviéticos empezaron a hacer fogatas y a formar un cerco delante de ellas para calentarse y vigilar alrededor. Sin embargo, los finlandeses se acercaban ocultándose en la noche y lanzaban cargas explosivas dentro de las fogatas, volando a los soldados que estaban alrededor. Las fuerzas aéreas soviéticas no pudieron hacer nada, dado que las tropas finlandesas estaban dise-

minadas y cubiertas por el bosque. Cuando fue obvio que la batalla acabaría en cuestión de horas, los tanques soviéticos abandonaron a sus camaradas a pie y avanzaron por la carretera atropellando a todos los que intentaran detenerlos.

La batalla terminó finalmente a las 8:00 del 8 de enero de 1940. Aunque los finlandeses ganaron aquella batalla, perdieron la guerra.

La guerra duró 105 días, hasta marzo de 1940, cuando se firmó un tratado de paz por el que Finlandia conservaba su independencia, pero cedía cerca del 10 % de su territorio. Gran parte de la Carelia y la ciudad de Viipuri, un 20 % de su capacidad industrial y el 33 % de sus instalaciones productoras de energía hidroeléctrica, entre otras cosas, a la Unión Soviética.

De aquella contienda únicamente regresó con vida El Abuelo. El padre del pequeño Juhani murió destrozado por la explosión de un proyectil lanzado por un tanque soviético. Solamente El Dedo índice de su mano derecha, pudo ser rescatado por su padre, El Abuelo, que se encontraba al lado de su hijo en el momento del impacto, y que milagrosamente salvó la vida.

En las guerras los padres entierran a los hijos, a la inversa de lo que debe ser la lógica de la vida, pero El Abuelo se empeñó en desafiar al destino y ser la excepción de la regla: su hijo no moriría todavía. Para eso envolvió cuidadosamente lo que quedaba de él en un pañuelo y lo recubrió con nieve hasta que pudo llegar al campamento más cercano. Allí un enfermero le proporcionó un frasco con formol, donde finalmente sumergió el dedo de su hijo.

—Mi hijo no está muerto —se repitió el viejo llorando desconsoladamente toda la noche. Al amanecer emprendió el regreso a casa. Con el dedo a buen resguardo en la mochila, flotando plácidamente en un mar de formol.

El pequeño Juhani, como era de esperar, creció odiando a los rusos. Escuchando aquellos relatos bélicos que le contaba su

Abuelo, y venerando el dedo de su padre. Que al igual que las reliquias sagradas, presidía el salón principal de la casa. Encima de la estufa, al lado de unas fotos del coronel Siilasvuo y del francotirador Simo Háyhá que según la leyenda eliminó a 540 soldados soviéticos. Aquel rincón era al altar de la casa. La santísima trinidad del hogar.

Todas las mañanas se le daban los buenos días al Dedo y a sus acompañantes. Le servían sus tazas de café y sus pedazos de pan negro, que solamente eran sustituidos por otros durante el almuerzo. Una velita encendida perennemente acompañaba al Dedo hasta el anochecer, en que toda la familia le daba las buenas noches antes de apagarla e irse a la cama. El Dedo era mucho más que una presencia fantasmagórica o un triste recordatorio de un ser caído. Era uno más del núcleo familiar, y hasta se le consultaba en la toma de decisiones importantes para la familia.

Juhani aprendió a leer en casa antes de asistir a la escuela. Sentado sobre las rodillas de su Abuelo, escuchaba la epopeya del Kalevala que este le contaba de punta a cabo y después le desgarnaba letra por letra.

—Nada mejor que el Kalevala para aprender los valores esenciales de la vida. El valor, el honor, la conciencia y el gusto del esfuerzo y del trabajo bien hecho —le recalcaba diariamente El Abuelo al dar por terminada la sesión de lectura.

En el otro extremo del salón, La Abuela no cesaba de tejer calcetines de lana, abrigos de lana, guantes de lana y todo cuanto fuese factible confeccionar con la lana.

—Para que el invierno no nos sorprenda desprotegidos —murmuraba la vieja cada tarde. Tejiendo sin parar. Mientras la Madre de Juhani preparaba la comida. Sumida en silencio. Con la mirada perdida en el pasado desde el aciago día en que el amor de su vida se fue a la guerra y regresó reducido en un recipiente de cristal.

Pasada una hora exacta, que Juhani controlaba mirando el reloj de cuco que colgaba en la pared del salón, justo encima de la chimenea y a la diestra del dedo, se sentaban los cuatros a la mesa.

El Abuelo bendecía la cena, y comían; en silencio. Callados y felices, sintiéndose a salvo del mundanal ruido.

Aquel 2 de enero del 1959 pintaba como todos los eneros de siempre. Frío y oscuro como todos los eneros del universo finés. El Abuelo desayunaba y desgranaba en voz alta las noticias del *Helsingin Sanomat* antes de irse a su trabajo de cuidador en el castillo de Olavinlinna. Trabajo que le había otorgado la municipalidad de la ciudad, y que él se las había ingeniado para que también admitiesen a su nieto.

—*Kuuban presidentti pakeni, sotilasjuntta otti vallan* —leyó El Abuelo.

—Uhhh —profirió La Abuela sin dejar de tejer.

—¿Cómo? —preguntó Juhani sorbiendo el café, mientras su Madre le servía el desayuno al Dedo y a su tropa.

—Sí, huyó Batista a República Dominicana... Hay que reconocer que ese Fidel Castro tiene un par de cojones... —prosiguió El Abuelo leyendo en voz alta su particular noticiero matutino.

—Uhm —respondió La Abuela sin dejar de dar una puntada.

—¿Castro..., Fidel..., quién es? —preguntó Juhani apurando el café.

—Eso dice aquí, en la página 7..., al menos es lo que reporta la agencia UPI..., a ver..., y continúa en la 18. Pero ahora no hay tiempo. Toma el periódico, lo leeremos en el castillo y de paso te explico quién es quién —ordenó El Abuelo a Juhani.

La Abuela tejiendo y su Madre recogiendo como una autómatas, en silencio, las migajas de pan desperdigadas sobre la mesa del desayuno, fue la imagen que tuvo Juhani antes de seguir atropelladamente las huellas de su Abuelo en la nieve.

Finalmente la invasión se produjo la madrugada del 17 de abril. La Brigada 2506 integrada por casi 2.000 cubanos del exilio y apo-

yada sutilmente por el gobierno de Kennedy, desembarcó en bahía de Cochino. Zona pantanosa al sur de la provincia de Matanzas en el centro de la isla.

Durante la contienda, Esmeralda fue destinada al batallón sanitario que atendió a los heridos. Un improvisado hospital de campaña, a tan solo unos kilómetros donde se desarrollaba el conflicto, que atendió por igual a los heridos de ambos bandos.

—¡Caín contra Abel! ¡Sangre de tu sangre enfrentada! —le dijo un herido a Esmeralda mientras ella se esforzaba en aplicarle un torniquete a la pierna derecha destrozada por la metralla.

—¡Haga silencio..., déjeme trabajar! —le suplicó Esmeralda en medio de la turbación.

La sangre no dejaba de manar y encharcaba completamente el vendaje y la mesa que servía de camilla.

—¡Caín contra Abel...! —repetía en un susurro el herido con una voz que se iba apagando al ritmo del incesante sangramiento.

—¡Silencio...! —suplicaba Esmeralda.

Silencio para todo el horror y las dudas que le embargaban. Silencio era lo único que ella pedía en ese instante.

—¡Silencio, cojones, silencio! —gritó.

Un B-26 sobrevoló el improvisado puesto sanitario. El ruido de sus motores la devolvió a la irrealidad.

—Caín..., Abel..., sangre...

Y Esmeralda petrificada. Detenida en un segundo eterno sin saber qué hacer. Mirando sin mirar. Oyendo sin oír. Curando sin saber curar. Rezando sin querer rezar.

—¡Déjeme ayudarlo! —ordenó una voz a sus espaldas.

Un miliciano con bata de médico transportó el herido a la ambulancia. Los más graves eran trasladados al hospital general de la ciudad de Matanzas.

—¿Fumas? —propuso una mano extendiéndole un cigarrillo.

—No..., bueno..., sí —dijo tomándolo y llevándose a la boca el primero cigarrillo de una interminable lista que después vendrían.

Afuera se escuchaban ráfagas cada vez más aisladas. Eran las 5:30 de la tarde del miércoles 19 de abril del 1961. En menos de 72 horas el gobierno revolucionario había derrotado a la invasión de los mercenarios. A los americanos.

—Esto de Cuba me huele a comunismo —vaticinó El Abuelo aquella gélida mañana del 2 de enero del 1959.

Acompañado por su nieto efectuaban la ronda matutina de vigilancia. De una torre a otra y de esta a la tercera, para después recorrer el patio central de la fortaleza Olavilinna.

—La fortaleza había sido construida en el 1475. Fue el primer castillo sueco que contó con torres circulares capaces de soportar fuego enemigo proveniente de cañones. El hecho de que el castillo se encontrara situado sobre una red de lagos y canales no fue accidental, ya que estos impedían en gran manera un posible ataque ofensivo ruso en los años cuando Finlandia constituía parte del reino sueco. Además, dichos canales tienen tanta corriente de agua que no se congelan en invierno. Evitando también un posible ataque invernal con tropas que lleguen a pie y no en barco.

Estas y otras historias las repetía a diario El Abuelo, y no por cotidianas suponían un incordio para el joven Juhani, que desconocía prácticamente el mundo fuera de aquel recinto amurallado.

Sir Juhani, Juhani el Invencible, Juhani el Salvador, así se imaginaba él escuchando los relatos épicos de El Abuelo. Pero aquel día su curiosidad tenía otros derroteros.

—¿Castro, Fidel? ¿Por fin me cuentas quién es?

Y El Abuelo se desató a dar una clase magistral sobre la historia de aquella isleta caribeña flotando en el Mar de las Antillas. Desde los indios caribes, pasando por los españoles hasta el día de ayer.

—Los americanos se confundirán con Castro. Ese llegó para quedarse, y si no tiempo al tiempo y ya veremos —profetizó el viejo.

—¡Ahora a almorzar! —ordenó El Abuelo desempacando del bolso las empanadas de Karelia y el recipiente con ensaladas y patatas.

De esta manera transcurría la inalterable existencia del joven Juhani. Desayuno con El Dedo y sus acompañantes. El Abuelo voceando las noticias del periódico, La Abuela tejiendo su aburrimiento y su Madre recogiendo en silencio las migajas de pan que inevitablemente cada día poblaban la mesa del hogar. Después, a custodiar el fuerte de Olavilinna. Desandando lo andado del día anterior. Volviendo sobre sus pasos ininterrumpidamente como una noria. De una torre a otra y vuelta a empezar. Escuchando la letanía del viejo que rimaba con el acompasado caer de la nieve.

Los fines de semana libres salían a pescar al lago de Saimaa o de cacería en los bosques colindantes. En verano y aprovechando las largas horas de luz, él y El Abuelo se extendían en sus paseos.

Acampaban en medio del bosque. Bebían café del termo y freían algunas salchichas que después comían absortos mirando el chispar de la pequeña hoguera. Ambos inmersos en sus propios pensamientos. A veces llevaban a El Dedo de paseo. Lo sacaban de la mochila y depositaban el recipiente en el suelo.

—Cerca del fuego, pero no tan cerca como para que arda — aconsejaba El Abuelo.

—Para que disfrute del verano..., a él que tanto le gustaba — proseguía el viejo su particular monólogo con el hijo ausente.

Aquel 15 de abril del 1961 el *Helsingin Sanomat* abría su página 13 con continuación en la 21, con la noticia del bombardeo a los aeropuertos de La Habana.

Pasada la efervescencia de los primeros días del 1959, Juhani había olvidado a Cuba hasta que aquella la noticia le devolvió la isla a sus particulares noticieros familiares.

—¡Lo dije..., lo dije! ¡Los americanos están detrás de esto! — repetía El Abuelo en mitad del desayuno. Leyendo en voz alta el cable fechado por la agencia UPI.

La Abuela continuó tejiendo inmutable los calcetines de lana. Preguntándose a qué coño venía tanta algarabía con esa islita de

mierda que ni pintaba ni daba color en su cotidianeidad. La Madre barrió silenciosamente con la palma de la mano las migajas del pan nuestro de cada día. El Dedo se acomodó sobre el lado derecho del frasco. Juhani terminó apresuradamente de tomarse el café antes de correr tras los pasos de El Abuelo que ya iba camino al castillo.

Era un bello y soleado día. Juhani se sentía feliz. Esa felicidad que hace renacer a los finlandeses en primavera. Tras haber dejado atrás meses de oscuridad y frío. Todo florecía. Los pajaritos cantaban. El sol alumbraba. Los vecinos que se cruzaban a su paso le daban —inusualmente— los buenos días.

«El mundo es perfecto», pensó.

A cientos de millas de allí, otro mundo se aprestaba para la guerra final. Para la desolación. Un mundo abocado al abismo. Un mundo convulso y totalmente ajeno a esta placidez finlandesa.

Juhani no sabía que esa noche, al regresar a casa y sentarse frente al televisor, le esperaba la mujer de su vida. Tangible, hecha carne y hueso en el noticiero de las 8:00 p. m.

Definitivamente los caminos del Señor son inescrutables.

¡Su mirada!

Hasta ese instante Juhani nunca había visto a nadie mirar así, mucho menos tratándose de una mujer. Su Abuela solo tenía ojos para sumergirse en su mundo de agujas e hilos de tejer, y su Madre por no tener, no tenía ni mirada. O mejor dicho: tenía la mirada sin brillo de los que han perdido las ganas.

¡Su mirada!

Aquella expresión de la muchacha con la boina guerrillera era el más perfecto modo de decirlo todo/todo sin haber dicho nada. En medio de una muchedumbre que alzaba fusiles y gritaba enfebrecida, sintió que aquellos ojos le miraron fijamente a él, que estaba de este otro lado del planeta. Sentado plácida y despreocupadamente en el sofá de casa, junto al Abuelo que no dejaba de comentar las noticias del noticiero.

Un cataclismo le estremeció. Un corrientazo que le penetró por los ojos, recorrió todo su cuerpo y terminó anidándose en su entrepierna. Apenas 15 segundos, que es como decir toda una vida, bastaron.

—¿Adónde vas? Todavía falta que digan el pronóstico del tiempo —preguntó El Abuelo al ver levantarse a su nieto.

Juhani corrió a refugiarse al baño y en un impulso natural y salvaje comenzó a masturbarse. Afuera, La Abuela continuaba en su mundo de lana, y su Madre mirando sin mirar el techo del salón. Justo al instante en que eyaculaba, la televisión anunció una mañana soleada y nubosidades para la tarde del próximo día.

Cuando Esmeralda regresó a casa de sus padres, estos no le dijeron ni esta boca es mía. Como si ella nunca hubiese desafiado la autoridad familiar. Las discusiones pasadas parecían cosas del olvido.

El desayuno servido en la mañana y el almuerzo familiar de los domingos se mantuvo inalterable. El letrero en la puerta de entrada, FIDEL, ESTA ES TU CASA, aún se mantenía allí, algo con lo que no contaba Esmeralda cuando arribó cargada de su mochila y un montón de desazones.

Durante dos semanas no hizo otra cosa que dormir y leer las revistas que se acumulaban en el consultorio de su padre. Este mantenía un actitud cariñosa pero algo distante. Como quien no desea molestar, o quiere decir algo y no se atreve o está a la espera del momento adecuado.

Esmeralda se dejaba llevar y asumía el juego planteado por su familia: de lo que no se habla no existe. Solo quería descansar. Estaba agotada física y mentalmente. Necesitaba desterrar los lamentos de los heridos en bahía de Cochinos que aún resonaban en su cabeza y la despertaba en mitad de la noche.

Por un momento intentó apartar a la revolución. Dejarla a un lado de su día a día, sin percatarse que la revolución había llegado

para quedarse y contaminar y arrasarlo todo a su paso. Como una epidemia que se convierte endémica de una región. Como una tara familiar que se trasmite genéticamente de generaciones en generaciones inexorablemente.

—¡Nos vamos! ¡Esto ya no es movimiento nacionalista ni tres cojones, esto es comunismo! Nos vamos y por supuesto vendrás con nosotros... Todos juntos, como la familia que somos —anunció el padre sin levantar la vista del plato, aquel domingo inalterable de almuerzo familiar.

—¡Nos vamos! —enfaticó la Madre casi sumergiendo la cabeza en su plato de sopa.

—¡Todos juntos! —apostilló La Abuela casi atragantada por un pedazo de pan.

Un silencio se apoderó del salón de comer. La misma calma que antecede a la tormenta. Un silencio expectante ante la esperada reacción volcánica de Esmeralda, que solamente pronunció en tono menor:

—Me quedo, me quedo aquí...

Y prosiguió con su sopa.

—¿Cómo?—preguntaron padre, Madre y Abuela con cara de estupor. Cara de no haber oído lo que acababan de escuchar y no querían oír.

—¿Cómo? —repreguntaron padre, Madre y Abuela sabiendo que aquel mediodía habían perdido a su niña para siempre.

—¿Cómo? —preguntaron por tercera vez intentando darle una oportunidad a lo imposible.

—Me quedo..., me quedo aquí —reafirmó Esmeralda con toda la naturalidad del mundo. Como quien se bebe un vaso de agua o cruza por millonésima vez el portal de su casa.

—Me quedo..., me quedo aquí —repitió antes de levantarse e irse a leer las revistas desperdigadas en el consultorio de su padre.

Los días siguientes fueron un constante empaçar y desempacar cosas superfluas, recuerdos familiares.

—Tomaré este abrigo y este, por si hace frío —decía La Abuela.

—¡Que nos vamos a Miami... A ver si te enteras, ¡que allí no hace frío! —repetía padre.

—¡Y estas fotos...! —decía Madre envolviendo las fotos del bautizo y la primera comunión de Esmeralda. Las fotos de su niñita cantando el himno nacional en su primer día de clases.

La mañana de la partida desayunaron todos juntos. Sin saber que aquella sería la última vez en que estarían todos reunidos. Sentados, alrededor de la mesa familiar, intentaron fingir un adiós que asemejara un hasta luego. Exceptuando comentarios banales sobre la calidad del pan y lo difícil que se hacía cada día comprar un litro de leche, nadie dijo nada.

Cuando vino el taxi buscarlos, se despidieron como quienes se verán pasado mañana.

—¡Nos vamos! —repitió el padre por última vez a modo de súplica.

—¡Lo sé! —respondió Esmeralda despidiéndose con un beso en la mejilla a cada uno y entrando a casa.

Cerró la puerta tras de sí y se sentó a releer una de las tantas revistas que habían poblado sus semanas anteriores. El ronquido del motor del taxi en marcha la despertó de su inercia. Una soledad inmensa le sobrevino y lloró.

Juhani siguió con muchísima atención el desarrollo del conflicto de bahía de Cochinos. Le rezó al Dedo y sus cofrades y les encomendó la protección divina de su amada durante los tres días que duró la invasión. Solo después que *Helsingin Sanomat*, la radio y la televisión anunciaron la victoria de los revolucionarios, pudo descansar. Compró un ramo de rosa rojas y lo depositó delante del frasco con formol donde nadaba su padre, no sin antes agradecerle su intervención divina.